

TESTIMONIO

JEAN LACROIX, IN MEMORIAM

Carlos DIAZ
Madrid

Hace poco rescribíamos en "Acontecimiento" la muerte de Denis de Rougemont, y en este número nos toca el penoso deber de dar cuenta del fallecimiento de Jean Lacroix. Por desgracia los personalistas más conocidos van desapareciendo: Mounier, Nédoncelle, Lacroix, Maritain ya no están entre nosotros, y sólo dos grandes figuras avanzadas en edad siguen en pie: Lávinas y Paul Ricoeur. No sabemos dónde estarán los continuadores de esta empresa personalista de pensamiento que hunde sus raíces en lo más antiguo de la humanidad, y que halla en la tradición cristiana sus determinaciones conceptuales más ricas: Aunque el personalismo como movimiento sólo aparezca en el siglo XX, ¿cómo no considerar en muchos sentidos personalistas a Kant, a Descartes, y a tantos otros? Sin embargo ¿han nacido ya los personalistas del futuro? ¿O veremos pasar en blanco alguna generación de pensamiento y de acción personalista y comunitaria? Algo parecido puede preguntarse respecto de otros humanismos, donde uno asiste más veces a los funerales de los clásicos que a la presentación de obras sólidas de contemporáneos: Pongamos por caso en el pensamiento libertario y en la tradición del marxismo humanista en que los obituarios prevalecen sobre los natalicios, mientras abunda y retoza una generación cuyos padres son Epicuro y Nietzsche, y cuyos hermanos mayores copan el poder, a pesar de que antes de tomarlo todavía lanzaban proclamas regeneracionistas y moralizantes.

Al escribir estas líneas sobre nuestro amigo y maestro Jean Lacroix nos sentimos, es cierto, un poco más huérfanos que ayer: Un poco más huérfanos que ayer, porque la orfandad es ya grande, y porque los que aun llevamos en nuestros corazones la carga genealógica de estos difuntos la verdad es que no brillamos demasiado con la luz propia que exige

un siglo poblado de tinieblas. Así, pues, este "in memoriam", con que despedimos a Jean Lacroix es también "in desiderium", ya que no nos resignamos tan sólo a la condición de sepultureros y dejando para los muertos la tarea de enterrar a los muertos haremos lo posible por llevar sobre nuestros corazones las mejores y más vivas tradiciones personales que heredamos de nuestros clásicos. Sin duda, Jean Lacroix es nuestro referente cálido, cercano y magistral.

Jean Lacroix nace en 1900, muriendo en 1986. En tal arco de tiempo hubo de asistir a las dos guerras mundiales, y dar testimonio de oposición al régimen fascista de Vichy, lo mismo que todos los redactores de la revista *Esprit* a la que Jean Lacroix perteneció en su fundación. En líneas generales, aunque simplificando, podría decirse que Lacroix fue a *Esprit* en los medios intelectuales (dada su condición de catedrático de la Universidad de Lyon) lo que Mounier fue al movimiento en su conjunto. El reconocimiento de Mounier de la relevancia de Lacroix en los ambientes académicos es total y eufórico (Obras de Mounier, tomo IV, pp. 566). A la muerte de Mounier los personalistas continúan colaborando, pero cada vez más individualmente, y a Lacroix la tarea de redactar durante decenios la crónica filosófica de *Le Monde* en un tiempo en que éste era el periódico *del mundo*, así como la dirección de la serie de filosofía de las Prensas Universitarias de Francia, auténtico vivero de creatividad y de propuestas de sentido.

En España Jean Lacroix era conocido entre ciertos sectores de la cultura. A partir de 1962 la editorial Fontanella (Barcelona) traducirá varios libros de este benemérito pensador: "Marxismo, existencialismo, personalismo", "Fuerza y debilidades de la familia", "Historia y misterio", "El sentido del diálogo", "Psicología del hombre de hoy". Más adelante es Nova Terra (Barcelona) la que edita "El fracaso", y Guadiana (Madrid) "El Personalismo como anti-ideología", para que finalmente Herder vertiese al castellano la "Filosofía de la culpabilidad", auténtica obra maestra que junto con "El deseo y los deseos" constituye lo más granado de la última producción de nuestro autor. Muchos son los libros del jurista y filósofo que no se han traducido al castellano, algunos de ellos trasladados sin embargo al chino y a casi todas las lenguas europeas; en cualquier caso, y que nosotros sepamos, todavía la universidad española no ha dedicado ninguna tesis doctoral a este autor, que ha escrito monografías espléndidas sobre Kant, Blondel, Spinoza, Comte, Rousseau, etc., porque una cosa son las academias y otras los valores, no siempre atendidos por la universidad. Recopilar tan sólo los artículos de "Le Monde" llevaría varios tomos; en todo caso, y si la política editorial de nuestro país no fuese tan miserable, se habrían aco-

metido ya la edición de las Obras de Mounier, Lacroix, Maritain, etc. Para una España culta no es buena la ausencia de estos autores, y sin embargo no sabemos cuándo llegará el día en que tal cosa sea vista por nuestros ojos.

Jean Lacroix estuvo en España algunas veces, invitado por distintas organizaciones y grupos culturales, y nosotros llegamos a conocer y a trabar contacto más estrecho con su honda calidez humana. En carta de 13-2-1973 nos decía: "En lo que concierne a la política, soy a grandes rasgos como Mounier. Tal vez me interesa y me ha interesado siempre más directamente. Pero jamás he hecho, ni lo deseo, política en activo, si puede hablarse así. Antes que nada hago filosofía política. Lionés, casado con una lionesa, pertenezco a una familia tradicionalista. A los dieciocho años, en 1918, como todos los estudiantes de derecho de esta época, pertenecía a la "Action française" lo que apenas me duró dos años. De este error pasajero creo haber guardado tanto el sentido del Estado, como una cierta irritación contra toda forma de "democracia cristiana". He leído a Proudhon siendo muy joven, y ya he dicho en mi "Itinéraire spirituel" cuánto le debía, así como a Péguy, aunque con respecto a éste hoy en día tengo mis reservas. Soy "socialista" sin duda alguna si por tal se entiende, más que una doctrina cerrada, una tendencia. Nunca he pertenecido a ningún "partido" (a los dieciocho años frecuentaba la "Action française", pero nunca me inscribí en ella).

Conozco (demasiado) bien la jerarquía eclesiástica: en su conjunto brilla más por una admirable voluntad que por su inteligencia. Casi podría decirse lo mismo del Papa, pero en el caso de éste con todas las circunstancias atenuantes: Las circunstancias y la situación histórica son tan difíciles, que no veo quién sería capaz de hacerlo mejor. Sin embargo pienso que el Papa se parece frecuentemente a un automovilista que, en un trecho peligroso, pisara a fondo y a la vez los frenos y el acelerador, lo que provoca los "derrapes".

Con respecto a Mounier, en el plano filosófico soy más "tradicional". El mismo lo ha escrito en su libro "Le personnalisme". Yo me siento más próximo a la tradición reflexiva francesa. Los filósofos contemporáneos que admiro son Nabert, Ponceau, Ricoeur, y no los "existencialistas". La tradición reflexiva es la de Descartes, Spinoza, Kant, cualesquiera que sean las diferencias de los sistemas. Quien ha formado filosóficamente mi juventud ha sido Maurice Blondel (al que conocí mucho más tarde); en gran parte he seguido siendo "blondeliano", y he consagrado a Blondel un pequeño volumen de reconocimiento. Con esto quiero significar que la filosofía es "reflexión", pero esencialmente

reflexión sobre la experiencia, sobre la totalidad de la experiencia. Creo que el "personalismo" como inspiración (de una política, de una filosofía, de una economía, etc.) tiene un gran porvenir, y que cuenta ya con todo un pasado. Y creo, que tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, la renuncia al "poder", el espíritu de servicio, es el espíritu mismo del cristianismo. Y de ahí el vínculo del cristianismo con los "pobres".

Para nosotros, personalistas, es muy de lamentar que hoy no haya jóvenes con sensibilidad (y, lo que es peor, maestros capaces de promoverla) para las lecturas en que algunos fuimos formados en nuestra no tan lejana juventud. Aquel "Marxismo, existencialismo, personalismo" no es —como otros libros de la época dedicados a empalmar o puentear superficialmente corderos y cabritos en orden a fines puramente estratégicos de toma del poder— ni más ni menos que un libro de ética, y, si se nos apura, un libro de teología, porque para Lacroix estar preocupados por el hombre era una primera forma de estar ocupados con Dios, y admitir a Dios rechazar lo absurdo. Sólo pueden leer en el gran libro del mundo —escribía— aquellos que tienen confianza en sí mismos... El problema de la creencia, como lo ha comprendido Newman, es el del asentimiento: Este, o es completo, o no existe... El compromiso de la persona es irreductible al mecanismo de la prueba. Lo que significa que el criterio último de la creencia es de un orden superior a la lógica, concretamente ético-religioso.

Para Lacroix, la inteligencia no es solamente la facultad de explicar el mundo, sino de explicarse con él, comprender es siempre situarse. Por eso la conversión es la verdadera respuesta a la duda. Haber desarrollado un espíritu científico es haber instaurado un espíritu de confrontación y de comunión. Creer, si se prefiere, es comenzar a abrir el tiempo a la eternidad. La creencia es a la vez personal y comunitaria, mientras que la opinión es individual y social. No se puede creer sin confiar. La creencia es encuentro: Encuentro del hombre con la verdad, con los demás hombres, y con lo que es su Fundamento. La marcha de la humanidad, pese a todo, no es a la larga sino una experiencia personal formada de la confrontación y la asimilación de múltiples experiencias en conflicto. La humanidad todavía no ha sido humanizada en su plenitud, aunque ya ha comenzado. Teilhard de Chardin, Mounier y el personalismo sitúan al creyente en estas coordenadas de acción y de esfuerzo. Lo absurdo no es lo que carece de explicación, sino de sentido. Creer es anticipar en una experiencia actual un porvenir ya de alguna manera presente, o más bien, la única creencia que se dirige hacia un fu-

turo que tiene la posibilidad de no ser un espejismo: consiste en reconciliar lo temporal y lo eterno en un crecimiento actual del ser, ya que el presente no es más que la presencia de la eternidad en el tiempo.

En un número de "Acontecimiento" como el dedicado monográficamente a la educación, nos ha parecido oportuno decir adiós —hasta siempre, compañero del alma— a Jean Lacroix con la reproducción de un modesto y sencillo artículo (en Lacroix no hay dificultad sino claridad hasta en las obras más densas y profundas) publicado en castellano hace más de veinte años, titulado "La Cultura".